

VOLVIENDO A LA NORMALIDAD: la invención del TDAH y del trastorno bipolar infantil

Fernando García de Vinuesa, Héctor González Pardo, Marino Pérez Álvarez
Alianza Editorial, Madrid 2014

Este libro es como una corriente de aire fresco en una habitación cerrada. Es una llamada al "sentido común" (yo tenía un profesor que decía que era el menos común de los sentidos) en un mundo dominado por los expertos, los protocolos y el pensamiento "políticamente correcto" que nadie se atreve a transgredir. Es una denuncia valiente de los paradigmas dominantes en la psicopatología y en la psiquiatría infantil, con una base científica muy débil, pero con apoyos sociales y económicos muy potentes, que van desde la tranquilidad de los padres que pueden explicar el comportamiento disruptivo de sus hijos atribuyéndolo a una enfermedad inexistente, hasta los intereses de las grandes corporaciones farmacéuticas, que ven en la infancia un prometedor mercado para colocar sus productos.

La tesis del libro es muy simple: ni el TDAH ni el trastorno bipolar infantil existen realmente. No existe ninguna evidencia clínica que pueda asociar estas supuestas enfermedades a una lesión cerebral o a un problema bioquímico. Sostienen los autores que el diagnóstico del TDAH y del trastorno bipolar se realiza solamente en función de observaciones subjetivas de padres, maestros y profesores, del tipo "tiene una impulsividad mayor de la normal", donde queda un margen muy amplio de interpretación subjetiva de lo que se considera "normal".

El libro nos ofrece un relato muy interesante de la construcción social de la enfermedad. Se inicia con una dura crítica de lo que se llama "nueva pedagogía", institucionalizada en el Sistema Educativo español con la LOGSE (Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo). Esta nueva pedagogía se puede resumir, según los autores, en unos cuantos ítems: la enseñanza ha de ser divertida; la motivación es fundamental, y el papel del maestro y del profesor es motivar; hay que "aprender a aprender", y esto es prioritario frente a los conocimientos concretos que se puedan aprender; el alumno ha de "construir" su conocimiento; hay que fomentar la autoestima, etc.

La crítica de los autores a esta nueva pedagogía se realiza en dos frentes: desde un punto de vista metodológico critican la idea de que se pueda separar el método de enseñanza/aprendizaje de los contenidos concretos de esta enseñanza. La construcción de una supuesta "ciencia pedagógica", desvinculada de los conocimientos científicos o humanísticos, y centrada en una técnicas y competencias básicas, se considera un fraude y un conjunto de palabras vacías de contenido.

Desde un punto de vista ontológico o humanístico la crítica de los autores se centra en la idea de que el alumno puede asumir conocimientos y adquirir habilidades sin esfuerzo, solamente a través del juego y la diversión. El alumno no ha de construir el conocimiento porque este ya está construido, y una de las funciones de la escuela como institución es la transmisión de este conocimiento, construido a través de siglos de decantación científica y cultural. Ahora bien, la recepción y apropiación de este conocimiento no puede hacerse sin esfuerzo, y esta capacidad

de esfuerzo es precisamente lo que diferencia al niño, que juega, del adulto, que trabaja.

Lo que no queda demasiado claro, y solamente se adivina de forma implícita, es la relación entre esta "nueva pedagogía" y la construcción de las enfermedades mentales infantiles. Queda un espacio para completar en la tesis de los autores, que se podría interpretar de la siguiente manera: los ítems de la "nueva pedagogía" no están construidos sobre el vacío, sino que presentan una absoluta continuidad con los valores sociales (transmitidos básicamente a través de la publicidad) y con las prácticas y costumbres habituales de la sociedad moderna. Desde los mensajes publicitarios que instan a "disfrutar sin límites", a "no renunciar a nada", que nos dicen que "la tecnología es un derecho", que presentan la actividad febril como algo bueno, que estimulan la competición, que promueven, en fin, el individualismo hiperactivo e insolidario; desde la televisión que ofrece multitud de canales, y el mando a distancia con el que se pueden cambiar estos canales compulsivamente desde el sofá con toda comodidad; desde los padres "hiperocupados" (o despreocupados) que pasan poco tiempo con sus hijos y los colocan frente a la pantalla del televisor, del ordenador, del móvil o de la tableta. ¿Todo esto no va contra el juego tranquilo y la lectura sosegada? ¿Todo esto no fomenta la hiperactividad? ¿Debe extrañarnos que una proporción cada vez mayor de niños presente una movilidad superior a la "normal" y una capacidad de concentración inferior a la "normal"?

Esta relación entre "nueva pedagogía", valores y prácticas sociales y síntomas de la hiperactividad es, quizás, lo que se echa de menos en este libro.

A partir de aquí los autores entran en materia y van construyendo su tesis. En la primera parte del libro se ocupan del TDAH, y en la segunda parte del trastorno bipolar infantil, aunque es, sin duda, la primera parte la más interesante, primero por la importancia social del TDAH, y segundo porque el proceso de crítica y análisis es muy parecido, y por lo tanto vuelven a repetirse argumentos.

Comienzan con una cita muy interesante de la "*Guía Práctica Clínica sobre el Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad (TDAH) en Niños y Adolescentes*" del Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad de España (GPC, 2010). En una primera parte de esta Guía se define el TDAH como si su existencia fuera un dogma incuestionable; pero un poco más adelante, en la misma Guía, podemos ver como se reconoce que no hay acuerdo entre los profesionales sobre los instrumentos para evaluar a los niños con un posible TDAH, y que tampoco hay acuerdo sobre los criterios a seguir para su diagnóstico; todo ello comporta un posible infradiagnóstico o sobrediagnóstico del TDAH. También nos dice la Guía que no hay ningún marcador biológico que nos permita diagnosticar el TDAH, y que por tanto los instrumentos que se utilizan para diagnosticar el TDAH no han sido validados. Tampoco hay acuerdo sobre el tratamiento farmacológico, sobre si hay que utilizar fármacos estimulantes, si la medicación es eficaz a partir de las 12 semanas, si hay que suspenderla durante las vacaciones escolares o fines de semana ni sobre la duración del tratamiento. No hay asimismo acuerdo sobre el tratamiento psicosocial, con datos contradictorios sobre la eficacia, la duración y la generalización de los resultados, así como sobre la medición de la respuesta terapéutica y los efectos secundarios del tratamiento.

Estamos pues, según los autores, frente a una enfermedad inventada, de la que no hay ninguna prueba de su fundamento biológico, que se diagnostica según apreciaciones subjetivas, y sobre la que no hay ningún acuerdo ni ninguna prueba

definitiva sobre la eficacia de los tratamientos. No estamos frente a lo que algunos historiadores de la medicina llaman construcción social de la enfermedad, fenómeno que, de una manera u otra, se da en todas las enfermedades conocidas: estamos frente a una simple invención.

A partir de aquí la pregunta es obvia: ¿Por qué se inventa esta enfermedad? Los autores dan una doble respuesta.

Por un lado tenemos las causas que podemos llamar sociológicas: los supuestos síntomas del TDAH no son más que aquellas conductas disruptivas de los niños que molestan e incomodan a padres, maestros y profesores. Siempre ha habido niños más movidos, más inquietos y poco motivados para el estudio o con cierta incapacidad para asumir o aceptar las normas. La sociedad moderna, con sus valores y formas de vida, tiende a potenciar e incrementar estas tendencias que siempre han existido (esta relación es lo que se echa en falta en la tesis de los autores); esto hace que educar, que no ha sido nunca fácil, sea más difícil que nunca. Padres, maestros y profesores, y muy especialmente los padres, se tranquilizan mucho si pueden atribuir la conducta disruptiva de los niños a una enfermedad, y si esta enfermedad se cura con una medicación, o al menos desaparecen los síntomas, mejor que mejor.

Por otro lado tenemos los intereses comerciales de las grandes multinacionales farmacéuticas, que han visto en la medicalización de la infancia y la adolescencia un mercado creciente de enorme interés económico. Los autores resaltan, con gran cantidad de datos, los vínculos de estas industrias farmacéuticas con supuestos "expertos", con líderes de opinión, e incluso con asociaciones de padres de niños con TDAH. Las empresas farmacéuticas invierten gran cantidad de recursos en un marketing disfrazado de ciencia para promocionar la existencia de la enfermedad, de su naturaleza biológica y, por tanto, de su tratamiento farmacológico.

Los autores alertan de las futuras consecuencias, totalmente desconocidas, de esta medicalización de la infancia que lleva hacia un tratamiento farmacológico abusivo, al que califican de auténtico doping.

Sería muy bueno que responsables de la Administración y de las políticas sanitarias leyeran este libro y tuvieran en cuenta sus argumentos.

M^a José Cesena Santiago